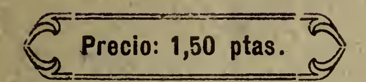
PÉREZ CAPO

TOCAR A DIANA

ENTREMÉS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1923

TOCAR A DIANA

TOCAR A DIANA

ENTREMÉS

ORIGINAL DE

FELIPE PÉREZ CAPO

MADRID

Sucesores de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 dup.º

TELÉFONO, M 551

1923

Al notabilísimo escritor **José Brissa**

su amigo y compañero,

Pérez Capo

PERSONAJES

DIANA.

SATURNINO.

Por la representación de este entremés se abonará la mitad de los derechos fijados para una comedia en un acto.

No devengará derechos dobles de estreno en ningún teatro de España; o sea que aunque se represente por primera vez en una población sólo se abonará por esa primera representación los derechos corrientes (medio acto de comedia.)

TOCAR A DIANA

La habitación de los criados en una casa de familia bien acomodada. Un cesto con ropa blanca en un rincón. Dos o tres sillas de paja. Es de día.

Al levantarse el telón SATURNINO (asistente) limpia desesperadamente una bota.

Satur. ¡Aaaah!... ¡Aaaah!... Contra más vaho la echo contra menos lustre la saco. Y es que yo no he nacido pa esto. Ayer tuve un momento de insubordinación y se lo dije al comendante: «Perdóneme usía, pero yo estoy en el mundo pa algo más elevao » Y el comendante va, mueve la cabeza como si tuviera sueño, y me da tres gorras pa que se las cepillara. Esto que me sucede me lo pronosticaron en el cuartel: «Te ha elegido el comendante Francia, y ya vas bien. Aquello no es una casa; es un salón de limpiabotas.» Como que son doce de familia. ¡Hay que ver! Entre lustrar el calzao y sacar el perro a sus cosas, se me van toas las horas del día. No me queda más que un rato pa ir por las noches a ilustrarme en una academia de adultos. Ayer tocaba Historia, y preguntó el profesor que quién sabía algo de los doce pares de Francia. Yo me levanté y le dije: «Un servidor los conoce, les da crema y les saca brillo.»

Sale DIANA, doncella de la casa.

Diana ¡Hola, Napoleón... del betún!

Satur. Mira, Diana... ¡bromitas, no! Ya que he tenido la desgracia de caer en una casa donde hay tantos remos, no me acibares la existencia recordándome mi situación deprimente y *crematística*.

Diana No sé por qué te apuras de esa manera. ¡Hay que ver la gimnasia que estás haciendo! El día que te licencies te puedes ganar la vida de boxeador.

Satur. De boxeador, no. ¡Pero que estoy viendo que voy a tener que saltarle las muelas a uno, eso es viejo!

Diana Eres una fiera, Saturnino. ¿Es que has tenido algunas palabras con el sereno?

Satur. No se trata del sereno, aunque se le aproxima. Se trata del fresco. Del señorito Roberto, el hijo mayor del comendante, que lo tengo sentao en la boca del estómago.

Diana Pues dile que se levante, que le conviene el ejercicio.

Satur. ¡Diana, por los clavos de Cristo!... Que yo te hablo en serio. Diana, que tú sabes que yo estoy loco por ti, que estoy deseando cumplir pa llevarte ante el altar y decirle al párroco: «Sí, señor padre; da la casualidad de que la quiero y soy gustoso de uncirme con ella. Conque haga usté el favor de echarnos el *Dóminus Voliscum.*

Diana Oye, Saturnino... ¿Sabes que tienes una fantasía que es un aeroplano? ¡Qué manera de volar!

Satur. No es que me *vola*. Es que me ilumina. Vamos a ver: ¿yo no te dije una tarde que me habías conmocionao el corazón, que es lo más correzto que se me ocurrió pa demostrarte que estaba amelonao por tus hechuras?

Diana Y, ¿yo no te respondí que lo pensaría y que te mandaría la contestación por el correo interior?

Satur. Lo cual que yo, pa darte facilidades, ya te he comprao el sello. Pero, tan y mientras que te decides, yo estoy pasando las negras; porque el niño del comendante te echa unos ojos que paece un carnero degollao... Y tú

debías hacerle un gesto expresivo cá vez que te mirase... Una cosa así... que pa el buen entendedor quié decir: *¡Anda y que te den morcilla!* Pero, en vez de eso, te sonríes, y un servidor no sabe si es que te complace la mirá romántica del pollo, o si es que te regocijas de su físico, que es como pa curar el hígado. (Pausa.) ¿Qué, no me contestas?

Diana Te lo pondré en la *pos lata.*

Satur. ¡Ay, Diana! Tú te has propuesto que yo haga un disparate «basao en contrariedades amorosas». A mí no me la das. Yo a ti no te disgusto, porque un servidor, debajo de este uniforme, tié un tipo varonil, atrayente y trastornante. Pero a ti te sugestiona la presentación, estás por el modernismo, y te hace cierta gracia el hijo del comendante, que es un pollo bien, que paece un maniquí de una sastrería de lujo.

Diana ¡Jesús, qué pintoresco eres, Saturnino!

Satur. Seré lo que tú quieras; pero esta situación indeterminada y vacilante se resuelve hoy mismo, ora con toda felicidaz, ora con toda *catastrofiquez.* Pero se resuelve. Porque yo así no continúo ni un segundo más. Y tan y mientras quemo el último cartucho, el verdaderamente decisivo, entérate de esta cartita que te escribí hace días, en prevision de cualquier brutalidaz, hija de la enajenación amorosa del que suscribe. (Le da una carta.)

Diana ¡Vamos, tú no estás en tu juicio!

Satur. Consecuencia de la enajenación. Ya te lo he dicho.

Diana Tienes un carácter imposible.

Satur. ¡Tengo mucho carácter! Esto que voy a decirte quiero que se te grabe en el interior de tu razocinio. Saturnino Menéndez, por el lao agradable, igual que por el lao feo, está dispuesto a hacer toa clase de heroicidades. Saturnino Menéndez... que no se te olvide... tié bastante brío y bastante aliento.

Diana Que lo digan los doce pares.

Satur. ¡Que lo diga el Nuncio! En resumen y pa resumir: Entérate de la cartita y espera aquí cinco minutos, que vas a recibir la lección más soberana de toa tu vida.

Diana ¿Es que va a venir algún maestro?

Satur. Va a venir la verdad desnuda. Pero no te asustes, que vendrá con ropa, ¿Tú te crees que Saturnino Menéndez es un zoquete?

Diana Precisamente, un zoquete...

Satur. ¿Dudas?... La duda es un veneno. ¡Me has envenao, Diana! ¡O me *antidotas* o la diño!

Diana Pero, ¿qué dices?

Satur. Pues, eso... ¡Que la diño o que me *antidotas!* (Mutis cómico.)

Diana ¡Este Saturnino es un infeliz de tomo y lomo! Empeñado en que yo no le quiero porque estoy indecisa entre él y el señorito Roberto. ¡Qué equivocación tan grande! A mí él, Saturnino, no me parece mal en absoluto. Pero lo que no me parece bien es perder el tiempo pelando una pava de esas que no se acaban nunca. Porque mientras él no cumpla y busque acomodo y lo encuentre, no se puede pensar en nada formal. Vaya, basta de reflexiones y a trabajar un poco, que esta semana tengo muchísima ropa que repasar. (Toma el cesto de la ropa, se sienta, y mientras repasa una pieza, canturrea cualquier cancioncilla popular.) Hay sospechas que me sacan de mis casillas. ¡Vamos, mira que decir que a mí me encanta el señorito Roberto! ¡Pero si no he visto un tipo más empalagoso en todos los días de mi vida! Se figura que es un ser sobrenatural, y se da una importancia... Claro es que yo le gusto... El no me ha dicho una palabra... pero una está picardeada en estas triquiñuelas del amor, y sabe cuando un hombre la mira a una incandescente... Este está un sí es no es encaprichao; pero como, afortunadamente, tiene tanto orgullo, espera, por lo visto, a que yo, loca por sus miradas, por su figura y por su elegancia, me arroje a sus pies y le diga: «¡Por Dios, Roberto! ¡O me das el sí, o no respondo de mi razón!» ¡Valiente cacho de primo! Si te has imaginado eso, ¡anda y que te zurzan! (Saca una pieza del cesto.) Una camiseta de Saturnino. ¡Jesús, cómo está de puntos! La simpatía no se puede ocultar. A éste le zurzo yo todas las semanas y con mucho gusto. (Sigue repasando la ropa y vuelve a canturrear.) ¡Digo! Ya me olvidaba de leer la cartita de Saturnino. Será alguna

chiquillada, seguramente. (Lee.) «Inolvidable e inapreciable Diana: Cuando leas estos renglones yo habré dejao de existir casi más que probablemente. Un servidor, contrariao en lo más sustantivo de sus afecciones, ha decidido dejar este mundo donde apenas cabe nada... (Vuelve la hoja.) que sea notable, desinteresao y racional. Diana: un desahogao se ha interpuesto entre nuestros dos corazones. A mí me han dao intenciones de ahogarle; pero como ya es un des ahogao, comprendo que no conseguiría ná. Diana: mi desesperación no sólo llega al límite; pasa del extrarradio. Tu *indiferiencia* me lacera. Una tortura sin esperanza debe de cortarse. ¡Adiós, Diana, pa siempre! Pero antes de despedirme del tó, te voy a dar una prueba de mi cariño. He oservao que ese pollo cascarónico se te acerca algunas veces más de lo conveniente. ¡Y cuántos días me he hecho la misma reflexión!... «¡Como yo vea que toca a Diana, no le amanecen las narices!» ¡Adiós por última y definitiva vez! Tuyo *afeztísimo víztima*, que lo es y *te be la pe*, Saturnino Menéndez. *Posdata* importante. Después de haberme ido de este mundo, lo he pensao mejor y me quedo por unos cuantos días más.»

Sale SATURNINO. Se supone que la ropa que trae puesta es del hijo del Comandante. Es de una elegancia exagerada y le está un poco chica. Trae bastoncito y lleva el sombrero metido hasta la nuca.

Satur. *¡Saluqui, Pochola!*

Diana ¡Jesús!

Satur. No me esperabas, ¿eh? Bueno; pues aquí tienes a tu *Cholín*. ¡Estoy bestial! Y tú estás hoy estupenda. ¡Una *pochez!* Oye, vengo de *Maxím*. Me he reunido allí con unos cuantos *bullangas bien*, y hemos hecho una burrada de mucha broma.

Diana Pero, hombre...

Satur. ¡Calla, brutísima! Que cuando lo sepas, te vas a reír bárbaramente. Imagínate que en la mesa de al lao había unas *pelanduscas bien*. Nosotros estábamos tomando *coteles*, y uno de la Peña, que es hijo de un naviero de

Bilbao, podrido de dinero, y que es un bestia de ocurrente, armó una película, que pa qué. Como tenemos al camarero amaestrado a la palabra, no hizo falta más que un guiño y empezó inmediatamente la becerrada. El salvaje ese de Bilbao va y las invita a las *papilionas* en cuestión. Ellas aceptan encantadas, y el camarero las prepara dos *coteles* a base de *petrólio*. Excuso de decirte la que se armó. ¡Bestial, chica! Las dos socias pusieron el grito en el cielo y nos llamaron de todo. El ganso de Bilbao se hizo el loco, se colocó el sombrero atravesado sobre la cabeza y empezó a cantar el *Güernicaco*. (Muy acentuada la crema.) Aquello era para tumbarse de risa. ¡Bestial, chica! Total: que las furcias se fueron como alma que lleva el diablo, y que, después de troncharnos todos a carcajadas, le dimos a escote una gran propina al camarero. Hemos salido a doce cincuenta. Una birria para lo que hemos burreado. Porque aquello ha sido la hipotenusa de la juerga. ¡Somos unos salvajes disfrutando! ¡Pero unos verdaderos *hostentotes!* ¡Bestial, chica!

Diana Bueno, Saturnino. Yo te ruego que...

Satur. Espera, que falta el segundo episodio de la película. Después de aquella *pantonima*, nos pusimos a decir colmos, y fué el *despiporren*. A ver si me acuerdo de algunos de los que yo dije... ¿Cuál es el colmo de la habilidad en la hija de un pollero?.. ¡Desplumar a un senador! ¿Cuál es el colmo de la brutalidad de un transeunte?... ¡Atravesar la Cibeles! ¿Cuál es el colmo de la mujer de un óptico?.. Vivir cinco años en el extranjero, separada del esposo, y a la vuelta traerle tres pares de gemelos. ¿Cuál es el colmo de un salchichero?... ¡Picar a su suegra! ¿Cuál es el colmo de un cambista?... Tragarse una peseta en plata y devolverla en calderilla. ¡Estupendos, chica! ¡Soy un hacha!

Diana Bueno, Saturnino; ya veo que le imitas perfectamente, Pero quiero que me digas qué es lo que te propones.

Satur. Demostrarte que si mi padre fuese un hombre de pasta, un servidor podría ser un pollo bien.

Diana Y, ¿qué?

Satur. Que entonces me mirarías con mejores ojos.

Diana No. Tú has hecho esto para que yo me dé cabal cuenta de lo ridículo que es el hijo del comandante. Y, la verdad, no hacía falta que te molestases. Yo tengo más juicio de lo que tú te crees. Yo quiero para marido un hombre de mi clase, trabajador y honrado. Lo demás son fantasías locas, y yo no tengo nada de fantástica. ¿Te enteras? En fin, para que veas que la elegancia presumida me molesta mucho, nada más que por verte vestido de ese modo, empiezo a perderte la simpatía que te tengo.

Satur. ¡Ah! Pues ahora mismo me quito la ropita... ¡Vaya si me la quito! (Se quita la americana y el chaleco y se dispone a desabrocharse el pantalón.)

Diana Pero, ¿qué vas a hacer?

Satur. Tiés razón. Bueno, hazte la ilusión de que me he quedao en calzoncillos. Oye, has hablao de simpatía...

Diana Sí. Y es verdad. Se necesita ser ciego para no haber comprendido que entre tú y él... tú.

Satur. Eso me tranquiliza; Diana: yo seré de *tigo* hasta la tumba. En cuanto me licencie, me pongo a lo mío, y, a poca suerte que haya, tendremos un cocidito con puntas de jamón y un nido que va a ser la sucursal de la gloria.

Diana ¡Cállate, chiflado!

Satur. ¡Ah! Oye: he resuelto que nos ahorremos el sello. Ya no hace falta que me digas ná por el correo interior. ¿Chiflao has dicho? ¡Es poco, Diana! ¡Enajenao perdido! (La abraza.)

Diana ¿Qué haces?

Satur. ¡Tocar a Diana! Pero en mí es lógico, porque soy melitar. En ese pollo, no; porque es cevil. ¡Ah! Y que por eso no paso. Como el idiota ese no se de cuenta de tu odio hacia él y algún día intente tocar, un servidor insiste en lo de las narices. ¡Y ahora con mucha mayor autoridaz pa darle el moquete!

Diana No te preocupes, Saturnino. Yo te aseguro que no llegará el caso.

Satur. ¡Dios lo haga! Porque te azvierto que yo pa el honor *conyugüal* y preparatorio soy, lo que se dice, una fiera.

(Al público.)

Y por si hay algún señor
con esa intención malsana,
sepa que está en un error.
¡Aquí no toca a Diana
nadie más que un servidor!

(Telón.)

FIN DEL ENTREMÉS

Del mismo autor:

Sinibaldo Campánula, monólogo (6.ª edición).

Se m'ha perdío la costilla, monólogo (4.ª edición).

La Canariera, entremés (2.ª edición).